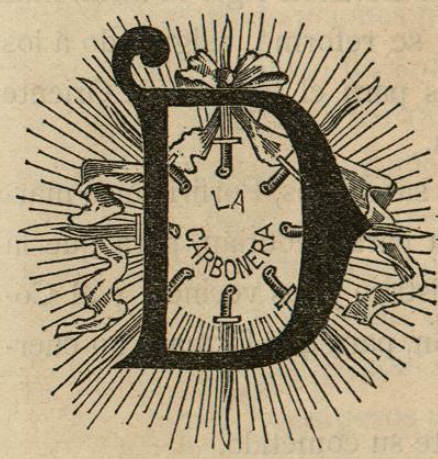




3 DE ABRIL

CAPITULO XVIII.

El General Díaz organiza su ejército y sale de Oaxaca.—Situación de Maximiliano y su rompimiento con los franceses.—Embajada americana.—Pretenden los franceses corromper algún Jefe republicano.—Maximiliano permanece en el poder.—El General Díaz abre la campaña.—Sitio de Puebla y batalla del 2 de Abril.



DESTRUIDAS las fuerzas imperialistas que ocupaban á Tehuantepec, y las partidas sueltas que merodeaban en varios puntos del Estado, el General Porfirio Díaz volvió á Oaxaca, donde lo aguardaban comisionados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y México, que llevaban el encargo, á nombre de estos Estados, de excitarlo para que marchara violentamente á tomar el mando de las fuerzas republicanas que obraban en aquellos lugares, y activar así una campaña decisiva contra el imperio agonizante.

El General Díaz ofreció obsequiar los deseos de aquellos pueblos; pero manifestó á las comisiones respectivas que no era conveniente

hacerlo hasta que hubiera terminado la organización de las tropas de Oaxaca, que tenían que ser la base de las operaciones que iba á emprender.

Aguardaba, en efecto, el caudillo de Oriente un convoy de armas y pólvora que el agente mexicano remitía de los Estados Unidos, por Minatitlán, á nuestras tropas. Y con esos elementos podría poner en alta fuerza los tres cuerpos de Cazadores que formaban la brigada de infantería del General Gonzalez, y armar su caballería, que carecía casi de todo.

Con una incansable actividad, en efecto, equipó y uniformó sus batallones de cazadores y sus regimientos de lanceros, disolviendo las guardias nacionales con que había hecho la campaña de Oaxaca.

Más el sostenimiento de éstas, y los crecidos gastos hechos en organizar el cuerpo de Ejército y en los servicios públicos habían agotado los recursos del Estado, á pesar de la estricta economía que había presidido la honrada administración militar del Señor Díaz.

Este caudillo y los sufridos Jefes y Oficiales que militaban á sus órdenes sufrían resignados todo género de privaciones, porque combatían sólo por amor á la Patria. Y en la División rigió la tarifa más económica, hasta que en Enero de 1867 se reformó, asignando á los Jefes y Oficiales los haberes designados para el Ejército de Oriente en 1862, y mejorando á la clase de tropa.

Y no queriendo exigir al Estado más sacrificios, Porfirio hizo marchar con su brigada al General Figueroa para Teotitlán, para que la reorganizara con los recursos de éste distrito y los vecinos, y al Coronel Espinosa lo mandó situar en Acatlán, para que formara un cuerpo de infantería y otro de caballería.

Ambos Jefes llenaron cumplidamente su cometido.

Los tres batallones de Cazadores permanecieron todavía en Oaxaca, por la dificultad de moverlos, y el General Díaz con sólo doscientos lanceros, algunos ayudantes y empleados de la Comisaría, y una sección de ambulancia, salió al fin á dirigir la campaña.

Antes de llegar á Acatlán intimó rendición á la columna imperialista que guarnecía á Matamoros: y los imperialistas, ya fuese porque comenzaban á sentir la desmoralización que cundía rápidamente en

todo su partido, ya porque creyesen que los amenazaba una fuerte división retrocedieron hasta Puebla.

Matamoros de Izúcar fué ocupado por el Coronel Espinosa, y el General Díaz estableció su Cuartel General en Acatlán, donde dictó las medidas convenientes para activar la campaña. Ordenó á los Jefes que operaban en el Norte de Oaxaca, Veracruz, línea de Chalco y Texcoco, tercer distrito de México y Norte de Puebla, que activasen la organización de sus fuerzas, á fin de hacer con ellas un movimiento general de concentración, para las operaciones que comenzaban ya.

Quizá la reseña que estamos trazando sea alguna vez leída en el extranjero, donde no son perfectamente conocidos los sucesos, que tuvieron lugar en la época que nos hemos propuesto referir. Quizá también nuestro libro pase á manos de las generaciones futuras que ignorarán esta parte de la historia del país.

Estas consideraciones nos obligan á mencionar aquí, aunque sea ligeramente, lo que á fines de 1866 y principios de 1867 acontecía con el llamado imperio. Ya otras veces hemos tenido que ocuparnos de la marcha que había seguido la cosa pública desde que las tropas aliadas pisaron nuestras costas; pero hoy más que nunca tenemos que describir los hechos con mayor precisión, para que se comprenda mejor la gloriosa campaña de Oriente, en la cual no veremos ya figurar al ejército francés, sino sólo á los imperialistas mexicanos, y algunos cuerpos extranjeros aliados.

Es que la división que por algun tiempo existió latente entre el llamado imperio y el ejército francés se había acentuado más y más, sobre todo desde que tuvo Maximiliano la convicción de que Napoleón, faltando á los tratados, retiraba su apoyo al trono que había levantado.

No tenemos que ocuparnos de la misión de Carlota, que terminó con la pérdida de la razón de esta Señora. Tampoco podemos extra-

viarnos en ese dédalo de intrigas de la política francesa, empeñada en conspirar contra el imperio que su ejército había erigido en México.

Napoleon III, persuadido de la imposibilidad de sostener á Maximiliano, viendo levantarse en Francia, como ya indicamos, una oposición general contra la intervención de México, y apresurado por la inflexible intimación de la Casa Blanca, resolvió retirar violentamente sus tropas. Y en Octubre de 1866 se había apresurado la concentración del ejército francés que, al ir desocupando las plazas y ciudades del interior del país, las entregaba á las autoridades imperiales.

Pero como una marea ascendente avanzaba poderosa la insurrección, amenazando ahogar al imperio. Entonces pensó Maximiliano abdicar y salir del país. Y pretestando ir á encontrar á Carlota, cuya vuelta era imposible, Maximiliano salió de la capital á las dos de la mañana del 21 de Octubre de 1866, acompañado del padre Fischer, el ministro Arroyo, el Coronel Kodolich y el médico Basch.

La comitiva estaba compuesta de tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares, y por la gendarmería húngara: el mismo día llegaron á la hacienda de Soquiapam, donde pernoctó Maximiliano: y en el acto escribió al Mariscal Bazaine, indicándole que iba á entregarle unos documentos necesarios para poner término á la situación violenta en que se encontraba México: es decir, su abdicación.

Pero nada hizo allí el príncipe austriaco, y siguió adelante su camino hasta Orizaba, sin querer recibir al General Castelnau que venía con una misión extraordinaria de Napoleon, y á apresurar la marcha del ejército francés.

En Orizaba tornó de nuevo á cambiar de opinión Maximiliano, rodeado é influenciado por el clero, que empeñosamente trabajaba por impedir la marcha del príncipe comprendiendo que se quedaba sin bandera, puesto que no sería á la facción conservadora á la que entregaría el ejército francés el poder, despues de la abdicación del llamado emperador.

Este, por otra parte, se había persuadido de que la córte de las Tullerías no sólo violaba los tratados celebrados, retirando ántes del tiempo pactado el ejército de ocupación, sino que pretendía ganarse á

alguno de los Jefes republicanos de más prestigio, para ofrecerle la presidencia de la República.

Para que no se crea que aventuramos una aseveración infundada, consignaremos la siguiente cláusula que se encontraba entre las instrucciones dadas por Napoleon III á Castelnau.—«Si llega Maximiliano á abdicar, se deberá reunir un Congreso, excitar la ambición de «varios Jefes de los disidentes que hacen la campaña, y hacer que se «dé la Presidencia de la República, exceptuando á Juarez, al que dé «ventajas más formales á la intervención.»

La intervención francesa que había comenzado violando la palabra empeñada en los preliminares de la Soledad, terminaba con una defección vergonzosa, rompiendo la palabra empeñada con el príncipe austriaco.

El Gabinete de las Tullerías, por otra parte, había autorizado á los diplomáticos para que anudasen relaciones con el defensor de Puebla, General Jesus Gonzalez Ortega, á quien creían el competidor más serio que podía oponerse á Juarez, en virtud de estar aquel revestido del carácter de vice-Presidente de la República, y de haber terminado el periodo constitucional de Juarez, segun opinaban algunos republicanos, que no tenían en cuenta la suspensión del régimen legal en virtud de la guerra extranjera.

El Cuartel general francés, es decir, Bazaine, pensaba en otro candidato, en el General Porfirio Díaz, cuya lealtad y humanidad estimaba altamente: esta nueva combinación produjo un resultado de gravedad que tenemos que consignar, porque revela otra vez el carácter íntegro y noble del caudillo cuya historia escribimos.

Los Estados Unidos que, como dijimos ya, habían tomado una actitud resuelta en la cuestión de México, creyeron necesario organizar una embajada especial, compuesta del plenipotenciario Campbell y del General Sherman, que marchara á México, y cuya misión principal consistía en apoyar al Señor Juarez, á quien únicamente reconocía el gobierno americano como Presidente legal.

La fragata *Susquehanah* salió de Nueva York el 11 de Noviembre de 1866 dirigiéndose primero á Matamoros y después á Tampico, ocupado ya por fuerzas republicanas. Y poco después el cónsul ame-

ricano Ottembourg llegaba rápidamente á la capital, procedente de los Estados Unidos, donde se creía que Maximiliano había partido ya para Europa.

Ottembourg á su llegada á México se presentó á Bazaine, anunciándole la próxima llegada de Campbell y Sherman, y manifestándole confidencialmente que estaba autorizado por su gobierno, de acuerdo con el emperador de los franceses, para restaurar juntamente con el General en Jefe, la República mexicana.

El cónsul americano creía que ya era tiempo de fijarse en el General juarista á quien debía entregarse la ciudad de México, para evitar todo desórden; y agregó que Porfirio Díaz le parecía digno de esa elección: que en tal virtud se le debía invitar para que se acercara á la capital, bajo la inteligencia de que él, Ottembourg, había obtenido ya de los banqueros la cantidad suficiente para asegurar un mes de sueldo á las tropas del General Díaz.

Bazaine quedó sorprendido al ver hasta dónde llegaban ya las combinaciones internacionales contra el imperio mexicano: pero contestó al cónsul, que mientras Maximiliano pisase el territorio sería ante sus ojos el único Jefe legal de la Nación con derecho á la protección francesa. Sin embargo, agregó, si el príncipe se embarcara, el ejército francés no aceptaría ni apoyaría como pretendiente al sillón presidencial sino al Jefe republicano que garantizase el reconocimiento de la deuda francesa.

Los diplomáticos extranjeros, el emperador Napoleon y el General francés, nada habían aprendido sobre el carácter de la insurrección de los mexicanos contra la intervención y el imperio. Los republicanos en ningun punto transigirían con el enemigo, y fieles á su bandera y á sus principios, nada aceptarían de los invasores, ni harían la menor concesión: en los patíbulos y en los campos de batalla habían conquistado el derecho de hacer solos la independencia de su patria, y de no ceder un átomo de su soberanía para gobernarse conforme á su ley nacional.

Sin embargo se envió al General Díaz una misiva haciéndole las invitaciones que hemos mencionado. Pero el caudillo de Oriente las rechazó enérgicamente, diciendo que no era más que el soldado leal

de la patria, y no tenía más misión que combatir á la invasión y al imperio. Y así lo manifestó á Romero, nuestro Ministro en los Estados Unidos, en una carta que Seward hizo publicar en el «Libro Amarillo.»

Pero concluyamos con la misión americana, aunque anticipemos algo las fechas.

El 29 de Noviembre el *Susquehanah*, enmedio de un terrible norte, enarbolando el pabellon de las estrellas y conduciendo á la embajada americana se presentaba frente á Veracruz, anclando al fin en Ulúa. Un bote se desprendió del muelle y se dirigió á la fragata llevando al cónsul americano residente en el puerto, que iba á anunciar al plenipotenciario que Maximiliano había resuelto no abdicar.

En esos instantes la ciudad se iluminaba, y los cohetes y las salvas de artillería anunciaban que el príncipe austriaco no partía ya para Europa, sino que iba á continuar derramando sangre mexicana por saciar una loca ambición.

La fragata americana volvió á hacerse á la mar, llevándose á los comisionados.

Reanudemos ahora la relación de los sucesos, para continuar metódicamente nuestra historia.

Maximiliano, atacado de calenturas, se había establecido en la hacienda de Jalapilla inmediata á Orizaba: y desde allí mantenía una correspondencia activísima con Bazaine, y con su gabinete que había quedado en México.

Esa correspondencia que ha publicado la prensa y que ha recogido cuidadosamente la historia, revela las oscilaciones de aquel espíritu vacilante é indeciso que unas veces se inclinaba á la abdicación y otras á permanecer en aquel trono que amenazaba ruina.

No nos incumbe explorar las causas que decidieron al archiduque á romper definitivamente con los franceses para empuñar la bandera clerical y lanzarse á una guerra insensata, capitaneando las viejas bandas reaccionarias que tanto había despreciado ántes.